



SUMARIO

<u>COOPERATIVISMO FEMENINO</u> Julián Pérez Medina	Pág. V ✓
<u>NABUSEMAKE, SIERRA NEVADA DE SANTA MARTA</u>	Pág. 1 ✓
<u>EL ESTADO INTERVENCIONISTA EN COLOMBIA</u> Ricardo Sánchez	Pág. 9
<u>POLITICA DE EDUCACION COOPERATIVA EN COLOMBIA</u>	Pág. 25 ✓
<u>UN VISTAZO AL MOVIMIENTO COOPERATIVO DE CREDITO ARGENTINO</u> L. Hernando Gil C.	Pág. 57 ✓
<u>ESCUELA Y SOCIOLOGIA</u> Orlando Fals Borda. .	Pág. 67 ✓
<u>TEORIAS SOBRE EL SALARIO MINIMO EN COLOMBIA</u> Ricardo Mosquera Meza	Pág. 57 ✓
<u>RICARDO Y MARX: RUPTURA EPISTEMOLOGICA O SUPERACION DIALECTICA</u> Carlos E. Pardo	Pág. 99
<u>ALGUNAS IDEAS SOBRE EL SUBSIDIO FAMILIAR</u> J. Ernesto Londoño González	Pág. 107 ✓

Cooperativismo

y Desarrollo

ABRIL - MAYO - JUNIO

Escuela y Sociología¹



Ante todo, no nos dejemos asustar por la rutina de la escuela como tal —por la enseñanza tal— que hace diferenciaciones tajantes entre sus componentes, como la distancia tradicional entre maestro y alumno (cosa que ya no comparto mucho, y por eso estaba sentado allá en el fondo, entre ustedes). Ocurre que la escuela como la conocemos es un invento relativamente reciente: aparecieron a fines del siglo XVIII en Francia e Inglaterra, donde se hicieron los primeros intentos del tipo que hoy tenemos. ¿Quiénes la traen a Colombia? La traen nuestros libertadores al estilo de las escuelas llamadas “lancasterianas”, método un poco socrático, que realmente era una manera de concientizar o ideologizar de acuerdo con lo que se necesitaba en el momento. Se trataba de ideologizar las masas para justificar la nueva sociedad burguesa capitalista que estaba en formación. Por lo mismo, nuestra escuela, la escuela de hoy que tendemos a defender inconscientemente, porque de ella vivimos, es realmente un invento burgués que va unido a toda la florescencia positivista del siglo XIX.

Hoy, cuando todo ese andamiaje ideológico burgués-positivista-capitalista se encuentra en una situación crítica, la concepción tradicional de escuela que he descrito también sufre su crisis. Precisamente, es necesario aprovechar esta coyuntura para pensar en términos de lo que es la escuela y de lo que no debe ser. Indudablemente (los compañeros lo han dicho muy bien), la escuela en estos momentos sigue siendo una herramienta de ideologización del sistema. Pero eso no quiere decir que sea la escuela una institución eminente y absolutamente educativa. Yo no creo —esto es obvio quizás— que en la escuela se eduque necesariamente. ¿Cómo era que antes del siglo XVIII se educaba la gente? ¿No era, inclusive, en una forma bastante espectacular, aún admitiendo que antes del siglo XVIII, la educación era mucho más elitista que hoy? Pero la gente se educaba: tenía una cierta filosofía de la vida y trabajaban y producían en muchos sentidos sin la escuela del tipo que conocemos hoy. Quitémonos pues las telarañas de la cabeza en cuanto a las instituciones existentes. ¡No nos dejemos acogotar por lo que existe! Y si lo que hay no nos satisface; entonces pongámoslo en entredicho y pensemos en otras cosas. Pensemos en la antiescuela. ¿Por qué no? Pensemos en el rompimiento de las diferencias entre profesores y alumnos. ¿Por

1 Transcripción de la intervención de Orlando Fals Borda, en el Seminario Historia, Metodología de las Ciencias Sociales realizado en INDESCO, Bucaramanga.

qué no? Pensemos en que un estudiante pueda aportar seriamente al conocimiento general educativo.

Puede ser que algunas de estas cosas resulten, y otras no. En una sociedad tan rígidamente estratificada como la nuestra, es posible que nos frustremos. No obstante, ¿por qué no ensayamos fórmulas creadoras, como el tratar de cimentar nuestro propio sistema escolar sin seguir toda la vida sometidos a copiar los sistemas escolares de otros países y de otras civilizaciones? ¿Cómo es el determinismo cultural que nos obliga a estar copiando siempre todo: desde la Constitución hasta el estilo de la corbata?

De todo esto podemos derivar una conclusión que es más que todo un reto a la rutina educativa nuestra. Veámoslo: estamos sometidos a un pénsum oficial, a unas reglas y a unas técnicas de enseñanza que se disfrazan como una Metodología dura e inflexible. Pero son elementos que se pueden modificar. Ya que estamos de acuerdo en que hay una crisis en la educación en todos los niveles (hasta en la Universidad) hay que repensar desde su origen toda esta problemática

Evidentemente, no creo que esta tarde podamos llegar a una conclusión cierta sobre lo que específicamente se debe hacer; pero es importante que tengamos conciencia de que es posible y necesario cambiar las circunstancias. No debemos asustarnos de plantear la necesidad de transformar a fondo aquella institución de la cual derivamos nuestra subsistencia. Por una parte, este es el inicio de un debate que va andando, no solamente aquí en Bucaramanga, sino en todo el país y en el mundo. Ustedes habrán oído hablar de Iván Illich, de Paulo Preire, y de algunas otras personalidades que han tratado de retar el concepto tradicional de escuela y que han ofrecido algunas alternativas que merecen estudio y ensayo. Por otra parte, en las futuras reuniones que tengan habrá seguramente más claridad, más decantación de ideas. Pero no nos asustemos, por esta problemática. Yo pensé que iba a llegar un momento en que íbamos a tener que decir, no hagamos nada, esto es muy difícil, no hay solución. No, no es así; ya que el hombre lo hizo, el hombre lo dispone.



En cuanto a la Sociología, pensemos un poco en lo que es hoy y en lo que puede representar en el futuro. ¿Para qué se estudio hoy la Sociología? ¿Y para qué se ha estudiado en el pasado?

Es indudable que la Sociología colombiana lleva una marca de origen, y es una marca positivista. Pero no olvidemos que, desde el siglo XIX, ya había dos vertientes en la enseñanza y en la práctica de la Sociología: una Comtiana y una marxista, y

que estas dos vertientes fueron dejándose sentir según los intereses de las clases involucradas en la problemática social del siglo. La vertiente Comtiana buscó justificar ideológicamente el ascenso de la nueva aristocracia francesa y de la burguesía capitalista; y la marxista trató de adoptar el punto de vista de los intereses de la clase de los trabajadores. La primera escuela, la de Comte, fue la que logró incrustarse primero en la estructura académica: esa fue la Sociología respetable, puesto que la de Marx sólo hasta 1894 empezó a sonar en la universidad europea, a raíz de un congreso de la Sociedad Internacional de Sociología en Milán. Allí ya algunos profesores universitarios empezaron a admitir que aquel señor Marx, como que tenía razón en algunas cosas.

Este desarrollo científico señala un poco el sentido de la Sociología que hemos recibido en este país. Recordemos que recibimos no solamente la sociología comtiana (positivista) sino también aquella que fue traducida al inglés —y mal— por sociólogos norteamericanos: es el caso de Durkheim, el de Simmel, el de Weber. A través de estos sociólogos europeos llegó a los Estados Unidos la idea de una sociología científica, un poco más cuantitativa y exacta, yendo hacia una definición de la Sociología como ciencia natural, y olvidando precisamente la sustancia del hecho social, la naturaleza misma del objeto de su estudio, que no es ni tan exacto ni tan delimitable. Observen ustedes estas tendencias históricas, súmenlas, y entonces derivarán el sentido de la sociología que recibimos y que hemos enseñado en este país: una sociología desorientada de lo nuestro, y más bien arraigada en realidades de otros países y culturas. Por lo tanto, en principio no tendría mucho que ofrecer a nuestro propio pueblo.

Ustedes dirán: bueno, pero usted que fue fundador de la Facultad de Sociología en la Universidad Nacional; ¿no se está haciendo el harakiri? ¿Se perdieron entonces todos aquellos esfuerzos y no han tenido resultados? Evidentemente, hubo una desorientación explicable, producida por la inevitable inserción de esa disciplina en los planes desarrollistas de la burguesía dominante, y en el contexto del imperialismo. Pero a pesar de todo lo que se ha dicho sobre esa época, aún la sigo considerando la más fructuosa en el desarrollo de las Ciencias Sociales en Colombia. ¿Qué ocurrió allí, en el fondo?

A pesar de su eclecticismo —que fue justamente atacado en ese momento— la Facultad de Sociología se constituyó en el centro o motor ideológico de muchas cosas, no solamente en las ciencias sociales. Representó la tendencia a buscar lo auténtico en la realidad social colombiana, lo cual se expresó en muy diversas formas. En el primer momento, yo no diría que una de sus expresiones fue el marxismo, porque no había claridad, ni siquiera en el Partido Comunista Colombiano, sobre lo que era el

marxismo en esa época y cómo transmitirlo a la juventud. Pero se pusieron las bases para el subsiguiente análisis marxista de la sociedad.

En este sentido hubo un descubrimiento, quizás involuntario, que enriqueció toda la experiencia sociológica de esa época, y fue la recuperación de la Historia nacional. En Sociología también se enseñó Historia. Pero no era la Historia cronológica, sino una Historia social. Este descubrimiento de que no se podía hacer Sociología verdadera sin la Historia, llevó entonces a enfocar todo el esfuerzo de aquella Facultad al estudio de los problemas nacionales. Ustedes recordarán cómo una de las principales obras resultantes del esfuerzo de esa época, fue el libro "La violencia en Colombia", que ha sido seguramente el más discutido de las últimas décadas en este país. ¿Por qué? Porque es un libro que combina la Sociología, cómo se concebía en ese momento, con la Historia. Y porque, además, las hacía muy relevantes, muy pertinentes a los problemas nacionales. Si en alguna cosa se justifica la Sociología, sería en este sentido. Ya no sería entonces una Sociología puramente elucubrativa o imitativa, porque empezara a arraigarse en lo concreto, como son los problemas del país. Una Sociología sin Historia y sin raíces en la problemática nacional, no sería Sociología. Eso, por lo menos, se aprendió en aquella época,

Una vez que se estudió el problema de la Violencia, entonces se empezaron a cuestionar otras cosas: por ejemplo, el funcionalismo que se había heredado de Europa a través de los sociólogos norteamericanos. ¿Por qué? Porque el modelo de explicación funcionalista de la Violencia en Colombia no lograba dar razón de la naturaleza, los mecanismos, el por qué y el cómo de la Violencia. Y ese fue un momento crucial en el desarrollo de la Sociología en la Universidad Nacional, porque a través de ese estudio se empezó a derrumbar todo el edificio del funcionalismo que se había importado, para ver otra dimensión mucho más realista, mucho más concreta, que se basaba, no en la explicación integracionista de la Sociedad, sino en la explicación de la contradicción y oposición social. Es decir, se empezó a delinear ya la importancia y la necesidad del análisis marxista. Pero en aquella época, ser marxista o hablar de marxismo era equivalente a invitar al cierre de la facultad. Yo creo que la situación se superó por el liberalismo existente y cierto desarrollismo, que permitieron que la facultad existiera. Si hoy podemos aquí en esta universidad, y en otras partes, hablar abiertamente de marxismo, ello se debe a la apertura que en ese momento se dio en la Universidad Nacional, para quitarle a Marx los cachos y el rabo que se le habían pintado en todas partes.

Entonces empezaron hasta los partidos políticos revolucionarios a reconocer la importancia de la investigación sociológica seria. Se empezó a recapacitar un poco sobre los dogmas de la izquierda, proceso desgraciadamente largo, aunque la nueva

Sociología ha tratado de combatir el dogmatismo, sin embargo todavía persisten hasta hoy síntomas de infantilismo en la izquierda colombiana que nadie puede negar.

Cuando la Sociología actual, la Sociología moderna de esta estirpe, le hace frente a estos procesos de cambio para interpretar la realidad colombiana, va adquiriendo asimismo una particularidad propia, que es su justificación. Yo creo que podemos dejar de copiar esquemas de enseñanza de Sociología dentro de una interpretación teórica sociológica de otros países; y que somos capaces de demostrar, porque ya tenemos todo a la mano, que podemos hacer una Sociología propia.

— III —

Vamos a tratar ahora sobre lo que quiero decir con Sociología, que es un problema candente.

Cuando se empezó a hablar de Sociología en el siglo pasado –y también cuando se creó la Facultad de Sociología en la Universidad Nacional– se quiso circunscribir el campo científico de la Sociología al estudio de las relaciones entre personas y estamentos, entre grupos y clases sociales, es decir, hubo una interpretación muy formalista de la ciencia de la sociedad. Se olvidó un poco, como ya dije antes, la dimensión histórica y la prospectiva, esto es, el elemento teleológico o de propósito. Hoy, cuando me hablan de Sociología, empiezo a temblar, o me enervo, ¡porque yo ya no me siento sociólogo! No se es sociólogo cuando se reduce uno a aquel tipo tradicional de investigación, ¡en que se cae en esquemas que no son congruentes ni con la realidad ni con lo que uno piensa y vive! La nueva Sociología, entonces, viene a tener otro sentido: es una especie de síntesis de ciencias sociales distintas.

Aquí es donde empieza el debate y dardos irán y vendrán de parte de historiadores, antropólogos, economistas, psicólogos sociales y geógrafos humanos; porque cada una de estas ciencias aspirarían a ser también la ciencia síntesis de lo social. Es una polémica que viene desde muy antiguo. ¿Pero cuál es, entre tales disciplinas, la Ciencia Social? ¿Cuál de ellas? Creo que éste es un problema falso, un problema inocuo. Deberá serlo aquella disciplina que lo merezca. Cada uno en su especialidad, cada uno en lo que le interesa trabajar, puede impulsar la acumulación y articulación de conocimientos necesarios. En la esperanza de que allí, en esa acumulación y articulación se permita la creación de la Ciencia Social. Yo creo que en el fondo tenemos que retrotraernos a lo que hacían muchos científicos sociales del siglo XIX, cuando no había esa separación especializada de las ciencias. Recordemos, de paso, que esta diversificación disciplinaria es una justificación mayormente burocrática o institucional. Por ejemplo, si existe la antropología social hoy, se debe ante todo

porque en Inglaterra, en la Universidad de Londres, se opusieron los antropólogos a que se enseñara la Sociología como tal. Entonces se acudió al subterfugio de llamarla la Sociología, "Antropología Social", para justificar la presencia y continuación de determinados departamentos en esa Universidad.

Estas divisiones entre las Ciencias Sociales son esencialmente falsas. Si se adquiere una visión de conjunto de la problemática social, se hace difícil sostener que uno sea sociólogo, historiador, o antropólogo como tal. Exige hacerle frente a la problemática completa con los métodos adecuados y con una actitud de comprensión muy abierta. Si esos métodos y esta problemática lo llevan a uno hacia la economía, bien toca conocer los instrumentos del análisis económico; si lo llevan hacia la sociología, lo mismo; y así sucesivamente. En el fondo, uno no debería tratar de discriminar entre las ciencias sociales. Por eso, si se concibe hoy un plan de estudios de Sociología, éste sería enciclopédico, cubriendo todas las Ciencias Sociales. Y no solamente eso. Yo empiezo a dudar si se justificaría la enseñanza de la Sociología a un nivel de pregrado, si quizás no sería mucho más justificable, adelantar estudios de otras disciplinas y técnicas mucho más específicas que la Sociología misma, como la acabo de definir, para luego proseguir a estudios superiores en que se construya dicha Ciencia Social.

En resumen, yo creo que un país como Colombia puede desarrollar un programa de Sociología como un programa superior de estudios, con toda la compleja problemática de las Ciencias Sociales. Y que sería un despilfarro de energías tratar de formar sociólogos, así llamados, en cuatro o cinco años de estudios universitarios. Pensemos en estos dilemas de la educación superior: reconozcamos que el Sociólogo no es quien quiera serlo, sino que tiene que hacerse. Y eso toma tiempo.

¡Hoy yo mismo cada día me siento menos Sociólogo! Y un poco más, digamos Científico Social. Yo creo que ésta es la meta a la que todos deberíamos llegar, los historiadores por su lado, los antropólogos de su parte, los economistas, geógrafos y psicólogos también, y así, entre todos, reconociendo la problemática común, ir construyendo la Ciencia Social. Sería una Ciencia social crítica, no una ciencia social tradicional más nuestra y más útil, enfocada a las necesidades reales de nuestro pueblo, especialmente de las clases trabajadoras. Pero este es otro tópico, que merece todavía un más largo tratamiento.